

PROPOSITOS.

1. Es digno de admiracion que, teniendo tanta necesidad de la proteccion de los santos ángeles, les tengamos tan poca devocion; y que, sabiendo los importantes servicios que nos pueden hacer, cuidemos tan poco ó nada de merecer su benevolencia, y de ponerlos al lado de nuestros intereses. Ten toda la vida esta devocion muy entrañada en tu corazon, y tributa todos los dias algun religioso culto á estas celestiales inteligencias. No se pase dia alguno sin hacerles alguna oracion. San Francisco Javier, apóstol de las Indias, decia todos los dias nueve veces el *Gloria Patri* en reverencia de los santos ángeles. Toma esta devocion.

2. Honra singularmente á san Miguel como á protector particular de toda la Iglesia, y como á jefe de la milicia celestial, que ha de recibir tu alma al salir del cuerpo, y presentarla al tribunal de Dios para ser juzgada. Hazle alguna oracion particular, pidiéndole sobre todo su proteccion para aquel momento decisivo de nuestra eterna suerte.

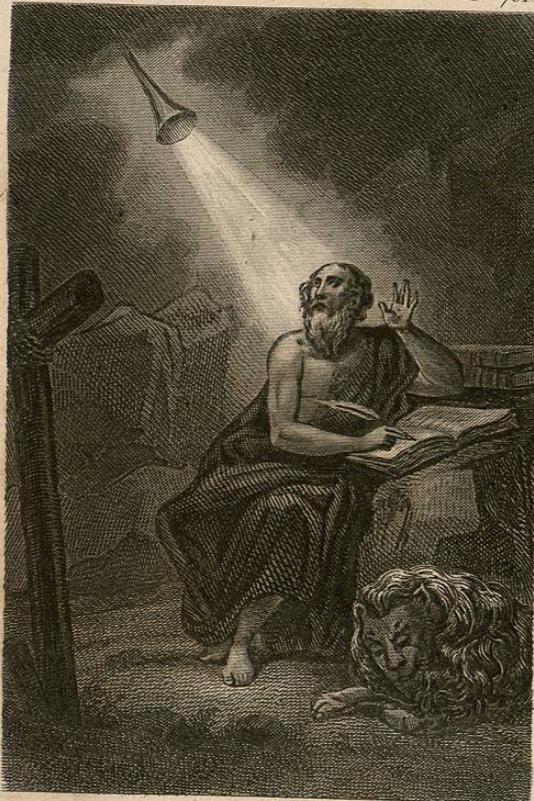
DIA TREINTA.

SAN JERÓNIMO, DOCTOR DE LA IGLESIA.

San Jerónimo, ornamento del sacerdocio, tan célebre por su eminente virtud, por su rara sabiduria, por su profunda erudicion; oráculo del mundo cristiano, una de las mayores y mas brillantes lumbreras de la Iglesia, fué de Stridon, ciudad de Iliria en los confines de la Dalmacia y de la Panonia. Nació el año de 332, y su padre, por nombre Eusebio, zeloso cristiano y hombre de conveniencias, puso el mayor

T. 9.

P. 701.



S. JERÓNIMO,
DOCTOR Y FUNDADOR.

cuidado en dar á su hijo una cristiana educacion. Habiendo observado en aquel niño cierto fondo de capacidad y cierta brillantéz de ingenio, poco regular en otros de aquella edad, resolvió no perdonar diligencia alguna para cultivarle. Despues que le hizo tomar una lijera tintura de las lenguas en su país, le envió á Roma bajo la disciplina de Donato, célebre gramático, con cuyo magisterio hizo el niño Jerónimo asombrosos progresos en las letras humanas. Pasó despues á otros maestros, en cuya escuela aprendió las bellas letras y las ciencias profanas en grado muy superior al que se podia esperar de un estudiante. Por la particular inclinación que tenia á la retórica, y por su delicado gusto en ella, se hizo uno de los mas elocuentes oradores de su tiempo, y por su rara facilidad en las lenguas se hizo admirar y fué tenido por uno de los hombres mas sabios de su siglo. Asi el violento amor con que le arrebatában los libros, como los piadosos afectos de religion que desde su niñez le habian inspirado, fueron el freno de sus fogosas pasiones, que desde la misma infancia eran muy vivas.

Recibió Jerónimo el bautismo siendo ya de edad madura, y desde aquel dichoso dia entabló una vida verdaderamente cristiana. Deseoso de conservar su inocencia, se desvió de todo aquello en que podia correr peligro, pareciéndole desde luego que los mejores preservativos contra el contagio eran la abstinencia, la mortificación y la oracion. Ocupaba todo el tiempo en el estudio y en ejercicios espirituales. No contento con leer y con observar, se dedicaba tambien á copiar libros, de que formó una librería para su uso. Todos los dias iba con algunos compañeros suyos de los mas virtuosos á visitar las catacumbas de Roma, cuevas donde estaban sepultados los santos mártires al rededor de la ciudad.

Para perfeccionarse en las ciencias y en la virtud, emprendió el trabajo de viajar. Tomó el camino de las Galias, donde conoció y trató á muchos hombres sabios. Detúvose particularmente en Tréveris, acompañado siempre de Bonoso, que se habia criado con él y nunca se separó de su lado. Cuando volvió de las Galias, se dirigió á Aquileya, donde hizo mansion algun tiempo disfrutando el trato del obispo Valeriano, uno de los mas santos y mas sabios prelados de aquel siglo, cuyo mayor gusto era hospedar y detener en su casa, lo que mas le fuese posible, á cuantos hombres sabios y virtuosos podia conocer. En la misma ciudad estrechó amistad con el presbitero Cromacio, que despues fué sucesor de Valeriano, con Jovino, Eusebio, Nicetas, Crisógono, Heliodoro y Rufino, que andando el tiempo fué su mayor contrario.

Como habia renunciado ya por amor de Jesucristo todo lo que olia á carne y sangre, no pensó mas en su país; antes tomó el partido de retirarse al Oriente, el campo mas fecundo de hombres grandes que habia en el mundo á la sazón. Abandonadas, pues, todas las cosas, emprendió su viaje con el presbitero Evagrió, Inocencio y Heliodoro, con un criado para todos cuatro que conducia la carga de sus libros. Corrió la Tracia, el Ponto, la Bitinia, la Galacia, la Capadocia y la Cilicia, deteniéndose algunos dias en Tarso, donde nació san Pablo, para aprender los idiotismos de la lengua materna del apóstol. De allí pasó á Antioquia de Siria, donde trabó comunicacion con el famoso Apolinario, cuya herejía aun no se habia descubierta. Pero creciendo cada dia en nuestro santo el amor á la soledad, se retiró á un desierto de la provincia de Calcida con su amado Heliodoro, Hilas é Inocencio. El consuelo que san Jerónimo experimentó en aquel dulce retiro se turbó presto con la muerte de sus dos compañeros Heliodoro é Hilas, y con haberse

vuelto á Italia Inocencio. Tambien acrisoló el Señor su virtud con otras pruebas. Afligióle con varias enfermedades; pero lo que mas le acongojaba eran las violentas tentaciones de impureza con que le atormentaba la carne cuando le daban treguas sus dolores, representándole continuamente con la mayor viveza en la imaginacion los objetos que habia visto en Roma, y excitándosele un involuntario, pero vehementemente deseo de las comodidades de la vida que habia abandonado por medio de un generoso sacrificio.

Viendo que no eran bastantes para librarle de estas molestas tentaciones ni sus ayunos ni otras penitencias corporales, emprendió un nuevo estudio mucho mas penoso que los otros. Dedicóse al de la lengua hebrea, tomando por maestro á un judío convertido. Á un hombre que solo hallaba gusto en la lectura de las obras de Ciceron y de los mejores autores latinos, claro está que se le habia de hacer muy duro volver á estudiar alfabetos, ejercitándose en broncas aspiraciones, y en pronunciaciones ásperas y difíciles. Mas de una vez lo quiso dejar todo acobardado con el trabajo, y no contribuyó poco la violencia que se hizo á una enfermedad que padeció tan grave, que le redujo al último extremo de la vida. Tuvo un sueño por aquel tiempo en que le pareció que, habiendo sido presentado ante el tribunal del soberano juez, fué reprendido y castigado porque era mas ciceroniano que cristiano. Entendió por este sueño ser la voluntad de Dios que se hiciese perito en la comprension de las lenguas orientales, como bastante necesarias para la inteligencia de la sagrada Escritura, teniéndole destinado la divina Providencia para dejarnos una version de toda ella, que es la que hoy usa la Iglesia.

Cuatro años permaneció Jerónimo en aquel desierto macerando continuamente su carne con ayunos y con rigurosas penitencias. Pero ninguna cosa ejercitó

tanto su paciencia en aquella soledad como la persecucion de los monjes cismáticos, los cuales, viéndole inviolablemente adicto á la iglesia de Roma, se valieron de todos los medios que pudieron para inquietarle. No pararon hasta que le pusieron en precision de dejar su amado desierto. Fuése á Jerusalem, y vivió algun tiempo en la campaña del contorno, andando de una á otra soledad. Pero donde particularmente se detuvo fué en Belen, cuyo sitio tuvo tanto atractivo para él, que se determinó á fijar allí su mansion. No obstante, se vió precisado á volver á Antioquia, donde el obispo Paulino, que tenia bien conocido el raro mérito de Jerónimo y su eminente virtud, le pudo reducir á que se dejase ordenar de sacerdote, aunque con la condicion de que no se le habia de aligar á iglesia alguna particular; que no habia de mudar el género de vida monástica que habia abrazado; y que se le habia de permitir, dejándolo á su arbitrio, vivir en soledad. Bajo estas tres condiciones prestó su consentimiento. Con el sacerdocio se renovó su fervor, y la nueva dignidad dió mayor esplendor á su virtud. No era fácil imaginar sacerdote mas sabio, mas santo, mas mortificado ni mas humilde. Era de cuarenta y cinco años cuando se ordenó de sacerdote. El amor á la soledad le volvió á llevar á Belen, donde estuvo tres años aplicado únicamente á la contemplacion y al estudio de la sagrada Escritura. Movido de la gran reputacion de san Gregorio de Nazianzo, que gobernaba á la sazón la iglesia de Constantinopla, hizo un viaje á aquella capital del Oriente. Mantúvose algun tiempo junto á aquel santo doctor, á quien siempre trató y veneró como á maestro suyo. Tiónese por cierto que durante su residencia en aquella corte imperial compuso el pequeño tratado sobre la *Vision de los serafines* de que habla Isaias, y tradujo en latin la crónica de Eusebio. Despues que san Gregorio se

retiró de Constantinopla renunciando aquel obispado en obsequio de la paz, Jerónimo se restituyó á la Palestina; pero ofreciéndose á Paulino, obispo de Antioquia, y á san Epifanio hacer un viaje á Roma, quisieron absolutamente que nuestro santo los acompañase. Luego que llegó á aquella cabeza del mundo, el papa san Dámaso, que conocia su mérito, le detuvo cerca de sí para que le ayudase á responder á las consultas de las iglesias. En todas ellas se hicieron luego notorios sus talentos. Ya era muy conocido en aquella capital del universo por la penetracion y por la delicadeza de su ingenio, por su profunda erudicion, por su rara sabiduria en materias de religion, por su habilidad en la inteligencia de las sagradas Escrituras y de todas las lenguas; pero cuando se observó mas de cerca la santidad de sus costumbres, su modestia, su humildad, aquel género de vida tan austera, su recogimiento interior y aquella tierna devocion que á pesar de su cuidado mostraba en el altar por las copiosas lágrimas que continuamente derramaba en el santo sacrificio, todos á competencia se empeñaban en hacer con él las mayores demostraciones de estimacion, de veneracion y de respeto. Cada uno solicitaba llevarle á su casa; y como quizá nunca reinó mas que entonces la virtud entre las señoras romanas, eran pocas las que no tenian en él una entera confianza. Pero bien persuadido el santo de lo delicada que es la direccion de las mujeres, y no ignorando el desvelo que debe aplicar un director á evitar todas las ilusiones, todos los lazos y todos los peligros, se impuso una severa ley de no mirar jamás el rostro á mujer alguna, de no visitarlas, y de excusar con ellas toda frecuente conversacion, aunque fuese de cosas espirituales y santas. Ojalas con extraordinaria modestia y compostura, respondiales en pocas palabras, y nunca en asuntos que no fuesen de conciencia

y pertenecientes á la salvacion. Pero ni su escrupuloso pudor, ni el continuo miedo de que se volviese á encender en su pecho el fuego de la tentacion, le pudieron dispensar de encargarse de la direccion de las señoras mas virtuosas por orden del papa Dámaso. Entre las que se gobernaban por san Jerónimo, y se aprovechaban mas de su doctrina y consejos, las que mas principalmente se distinguian era santa Marcela, viuda, santa Asella virgen, Albina madre de santa Marcela, santa Leta, viuda, las santas Fabiola, Marcelina, Felicitas y algunas otras, cuyas virtudes y méritos canonizó la santa Iglesia. No obstante, las mas célebres hijas espirituales suyas fueron santa Paula, y sus dos hijas Eustoquia y Blesilla, siendo esta última señora de raro mérito y virtud extraordinaria, en cuya muerte escribió san Jerónimo una bella epistola á santa Paula su madre y á santa Eustoquia su hermana para consolarlas en aquella pérdida.

Entre tanto, aprovechándose el papa Dámaso de la mansion que hacia en Roma san Jerónimo, le hizo continuar en sus obras sobre la sagrada Escritura. Fueron recibidas del público con tanto aplauso, que en todo el mundo se hablaba de san Jerónimo con admiracion. Pero en medio de este general aplauso, se comenzó á descubrir poco á poco cierta especie de emulacion, que tuvo principio en su celestial sabiduria, y que la misma santidad de su vida encendió mas. La pureza de sus costumbres pareció á muchos eclesiásticos ser una muda censura del desorden de las suyas; y muerto el papa Dámaso, se desenfrenaron en maledicencias y en calumnias contra nuestro santo. Tratábase de hipocresia su compostura, su austeridad y su virtud; se hacia burla de su direccion dandosele cierta interpretacion maligna, y se ponía en disputa hasta la santidad de su doctrina y la pureza de su fe. Érale muy fácil á san Jerónimo, armado

de su estilo y mucho mas de su inocencia, confundir á sus enemigos y disipar la calumnia; pero como solo suspiraba por su amado retiro, tomó el partido de ceder el campo á la envidia; y saliendo de Roma el año de 385, se embarcó con su hermano menor Pauliniano para volverse á la Palestina. Aportó á la isla de Chipre, donde fué recibido con mucho gozo por san Epifanio en Salamina; despues en Antioquía de Siria, donde vió á Paulino; de allí se encaminó á Jerusalem para pasar despues á Egipto. Cuando llegó á Alejandria, se hizo discipulo del famoso ciego Didimo, que ya era venerado por uno de los mas célebres doctores de la Iglesia. Por huir las contestaciones y disputas de los origenistas, se restituyó á su dulce retiro de Belen, donde ya habian llegado santa Paula y su hija santa Eustoquia. Santa Paula edificó dos grandes monasterios, uno para hombres, donde se retiró san Jerónimo, y otro para mujeres dividido en tres comunidades.

Encargóse nuestro santo de la direccion espiritual de las dos casas, y despachó á su hermano Pauliniano para que vendiese lo que hubiese quedado de la herencia de sus padres. Empleó el precio en aumentar el número de celdas en su monasterio para poder hospedar mayor número de peregrinos, especialmente religiosos que iban de todas partes del mundo á visitar la Tierra Santa. Pero estos ejercicios de virtud y de caridad de ningun modo le distraian del estudio á que particularmente le habia llamado Dios. Despues de haber enriquecido ya á la Iglesia con muchas obras sobre el viejo y nuevo Testamento, como tambien sobre diferentes asuntos morales, emprendió explicar la epístola de san Pablo á Filemon, á los Gálatas y á los Efesinos. Al mismo tiempo que trabajaba dia y noche en instruir y en edificar á los fieles con sus obras doctrinales, no se descuidaba en refutar los errores

de los herejes. Escribió dos libros *de la virginidad* contra Joviniano. Acusáronle sus émulos de que por defender la verdad habia dado en el extremo contrario; y publicó una *apologia* de su obra, que sirvió al mismo tiempo de defensa y de explicacion. Poco tiempo despues que salió á luz esta apologia, publicó su catálogo *de los Escritores eclesiásticos*.

Habiendo ido en peregrinacion á Jerusalem el año de 393, Alipio, obispo de Tagaste, quiso ver á san Jerónimo, cuya reputacion se habia extendido por toda la Africa. Creció su estimacion y su concepto con la presencia y con el trato de aquel grande hombre. Lo que Alipio le refirió del mérito y talentos de san Agustin, bastó para hacerle unir al gran concepto en que le tenia un particular afecto, y este fué el fundamento de la estrecha amistad que unió despues á los dos santos en tanta utilidad de toda la Iglesia.

Hacia entonces grandes progresos el origenismo en todo el Oriente; pero encontró en Jerónimo un formidable defensor de la verdad. Por mas que Rufino y Juan, obispo de Jerusalem, quisieron disfrazar sus errores con apariencias de zelo y de virtud, san Jerónimo les quitó la máscara, y descubrió en ellos los desvarios de Origenes. Quiso vengarse el obispo; persiguióle á banderas desplegadas; amenazóle con la excomunion; prohibióle la entrada en el santo sepulcro, y le hubiera hecho desterrar á no haberlo estorbado la autoridad de santa Paula, á quien nuestro santo se quejó amorosamente de que con su intercesion le habia quitado la gloria de padecer destierro en defensa de la verdad.

Verdaderamente causa admiracion que un hombre sepultado en la soledad, consumido de enfermedades, extenuado al rigor de los ayunos, de las vigalias y de las penitencias pudiese bastar para dar expediente á tantas y tan penosas ocupaciones en que su

zelo por la Iglesia y su gran reputacion le empeñaba cada dia. Sus comentarios sobre la sagrada Escritura; sus versiones sobre los libros sagrados que adoptó despues la Iglesia; sus tratados dogmáticos contra los herejes, singularmente contra los origenistas y pelagianos; sus solas epistolas, cada una de las cuales vale un libro entero en que se contiene el dogma mas puro y la moral mas sana de la religion cristiana, eran mas que suficientes para absorber todo el tiempo de la mas dilatada vida. Tomando cada dia mas vuelo su reputacion, era consultado de todas las provincias del universo; corrian todos á él como á oráculo de la cristiandad, y era generalmente buscado como uno de los mas sabios y mas santos doctores de la Iglesia. Las personas de mas alto nacimiento le enviaban sus hijos, y los que iban en peregrinacion á la Tierra Santa contaban en el número de sus principales devociones la visita de san Jerónimo en Belen. Entre todas sus ocupaciones la principal era el estudio de la sagrada Escritura. Ninguno conoció mejor que san Agustin el mérito de este trabajo y el importante tervicio que hacia con él á la Iglesia. Escribióle su parecer, y le exhortó á que continuase una obra de tanta importancia. Tradujo, pues, del hebreo en latin todos los libros del viejo Testamento; y los libros de Judit y de Tobías los tradujo del caldeo. A ruegos del papa san Dámaso habia corregido el salterio latino de la antigua version itálica, sobre la edicion de los Setenta hecha por san Luciano. Tambien corrigió el nuevo testamento sobre la version griega, y en fin, publicó corregida de su mano la misma version griega de los Setenta. No son menos admirables que sus versiones sus comentarios sobre la sagrada Escritura; de manera que con mucha razon dice la Iglesia en el oficio del dia, *que le escogió Dios para explicar la Escritura sagrada.*

No habiendo aprobado san Agustin el estilo, un poco mas acre de lo justo, que usó nuestro santo en su impugnacion contra los errores del origenista Rufino, le escribió ingenuamente su sentir. La respuesta fué tambien un poco viva; pero la profunda humildad de los dos santos terminó presto aquella leve oposicion de dictámenes, y el efecto de aquella discordia pasajera fué renovarse entre los dos mas estrechamente la amistad, que nunca padeció despues la mas minima alteracion en toda la vida.

Pelagio y su discipulo Celestio salieron de Roma, y se retiraron, el primero á la África, y el segundo á Palestina, donde uno y otro comenzaron á sembrar sus errores. El primero que tuvo la honra de escribir contra esta herejia en su epistola á Ctesifon fué san Jerónimo, y el año de 415 compuso un gran tratado en forma de diálogo, en que, refuta los errores de Pelagio. Sintió tanto este heresiarca los mortales golpes que descargaba san Jerónimo contra su herejia en aquella obra, que, aunque no se le nombraba en ella, determinó quitarse la máscara y no guardar ya mas medidas con el santo. Vengóse de él como hereje. Favorecido secretamente del obispo Juan, que siempre conservó en su corazon el tósigo del antiguo odio que habia profesado á san Jerónimo, comunicó Pelagio su furor á una tropa de foragidos, los cuales se arrojaron en Belen sobre los dos monasterios que estaban á la direccion de nuestro santo. Cometieron en ellos cuantos excesos se pueden imaginar; saquearon las dos casas, y degollaron muchas personas de uno y otro sexo. Fué comprendido un diacono en aquella mortandad, y no obstante tanta sangre y devastacion, escapó Jerónimo de aquel peligro por milagro. Sobrevivió poco tiempo el obispo Juan á unos excesos en que habia tenido alguna parte; pero Prailo, su sucesor, se portó muy de otra manera con nuestro

santo, cuya virtud y mérito tenia bien conocido; mas gozó poco tiempo Jerónimo de esta quietud. Hacia dias que experimentaba visiblemente la decadencia de sus fuerzas consumido de enfermedades y de penitencias cuyo rigor no mitigó hasta la muerte. Vióla venir con aquella tranquilidad y con aquella alegría, cuyo gusto soio se reserva á la virtud en aquella última hora. Habiendo recibido con extraordinario fervor todos los sacramentos, lleno de dias y de merecimientos entregó su alma al Criador el dia 30 de setiembre del año 420, casi á los noventa de su edad, habiendo pasado cerca de cuarenta en su solitario retiro.

Sintió toda la Iglesia la pérdida de aquel grande hombre que la habia enriquecido con tantas y tan sabias obras, y la habia edificado con tantos y tan grandes ejemplos. El cuerpo de san Jerónimo, que á su muerte apenas era mas que un esqueleto, fué sepultado en la gruta de su monasterio de Belen, y despues trasladado á la iglesia de Santa Maria la Mayor de Roma junto al pesebre del Salvador, donde se erigió un altar en honor del santo; pero su cabeza se venera en la magnífica iglesia de Cluni. Reconócele la Iglesia por uno de sus cuatro doctores principales, san Gregorio papa, san Ambrosio, san Agustin y san Jerónimo. Su culto se ha extendido en España mas que en otras partes con motivo de la religiosa orden que hasta el dia de hoy se honra con su nombre, y dedicada principalmente en la soledad y en el retiro al celestial ejercicio de las divinas alabanzas, hace tanto honor á la religion y á la Iglesia, promoviendo con tanta devocion como magnificencia el culto divino en desempeño de su angelical instituto.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Belen de Judá, el tránsito de san Jerónimo, presbítero y doctor, el cual, habiéndose dedicado con

ardor á todo género de estudios, y seguido las huellas de los monjes mas perfectos, traspasó con la espada de su doctrina á los monstruos de muchas herejías. Habiendo por último llegado á una edad muy avanzada, murió en paz y fué sepultado cerca del pesebre del Señor; pero despues su santo cuerpo se llevó á Roma, y fué colocado en la basilica de Santa Maria la Mayor.

El propio dia, san Leopardo, mártir, de la servidumbre de Juliano apóstata, el cual fué decapitado en Roma, y el cuerpo trasladado con el tiempo á Aix-la-Chapelle.

En Soleuro en la Galia, el suplicio de san Víctor y de san Urso, mártires de la ilustre legion Tebana, quienes bajo el emperador Maximiano fueron primero cruelisimamente atormentados; mas tuvieron que cesar los verdugos en sus crueldades, aterrados por una vivísima luz del cielo. Luego los arrojaron al fuego; mas como no recibian ningun daño, los pasaron á cuchillo.

En Plasencia, san Antonino, mártir de la misma legion.

El propio dia, san Gregorio, obispo de la Armenia Mayor, que, á pesar de haber padecido mucho bajo Diocleciano, murió por último en paz.

En Cantorbery en Inglaterra, san Honorio, obispo y confesor.

En Roma, santa Sofia, viuda, madre de las santas vírgenes Fe, Esperanza y Caridad.

En el Limosin, san Vertuniano, solitario.

En Chalons de Champaña, san Lumié, obispo.

En Comminges, san Goirso, tierno infante despedazado por los Sarracenos.

En Moissac de Quercy, san Amberto, corepíscopo.

En la Santa Capilla de París, la llegada y recibimiento de las reliquias de nuestra redencion.

En Roma, el tránsito de san Francisco de Borja, quien de duque de Gandia en España se hizo jesuita.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui Ecclesie tue in exponendis sacris Scripturis, beatum Hieronymum confesorem tuum, doctorem maximum providere dignatus es; præsta, quæsumus, ut ejus suffragantibus meritis, quod ore simul et opere docuit, te adjuvante, exercere valeamus. Per Dominum nostrum...

O Dios, que para la exposicion de las sagradas Escrituras colocaste en tu Iglesia al máximo doctor san Jerónimo tu confesor; suplicámoste nos concedes por sus merecimientos que, mediante tu divina gracia, practiquemos lo que él nos enseñó tanto con sus palabras como con sus ejemplos. Por nuestro Señor...

La epistola es de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, cap. 4.

Charissime: Testificor coram Deo et Jesu Christo, qui iudicaturus est vivos et mortuos, per adventum ipsius, et regnum ejus: prædica verbum, insta opportunè, importunè; argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus, cum sanam doctrinam non sustinebunt, sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros, prurientes auribus: et a veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. Tu verò vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meæ instat. Bonum certamen certavi, cursum con-

Carísimo: Te conjuro delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar á los vivos y á los muertos por su venida y por su reino, que prediques la palabra, que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amenazas con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos que les halaguen el oido, y no querrán oír la verdad, y se convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte.

summavi, fidem servavi. In liquo reposita est mihi corona justitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex: non solum autem mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demás tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel dia, el justo juez: y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

NOTA.

« En este capítulo de la segunda epistola de san Pablo á su querido discípulo Timoteo le especifica » el Apóstol individualmente todas las obligaciones » de un obispo, y las prendas de que debe estar adornado. Exhórtale á enseñar, corregir y reprender » á los malos con aquel zelo que animaba á los apóstoles, cuyos sucesores son los obispos. »

REFLEXIONES.

Vendrá tiempo en que los hombres no sufrirán la sana doctrina. ¿Adónde se fueron aquellos dichosos siglos, aquellos dias claros y serenos en que el espíritu dócil, el corazon recto y puro solo amaban la verdad, solo buscaban la verdad, á nada tomaban gusto sino á la doctrina sana y pura del Evangelio? ¿adónde se fué aquella cristiana sencillez, de que hacian vanidad los mas elevados ingenios, que enemiga de toda preocupacion hacia reinar la fe aun en medio del ciego paganismo? Desaparecieron ya aquellos dias tranquilos y despejados. Siempre se comunica al entendimiento el corrompido temple del corazon, y levanta aquellas espesas nieblas que oscurecen la fe, y cierran el paso aun á las luces mismas del corazon. Todo lo turban las pasiones; y en viéndose estas con libertad, hacen esciavo al corazon y al entendimiento. Apágase la fe en corrompiéndose las costumbres. No hay objeto mas digno de lástima